

El nacionalismo integrador

Una de las dimensiones del fútbol es que permite sublimar los enfrentamientos políticos. Eso lo sabemos bien en España, porque los partidos Madrid-Barça incorporan de modo más o menos explícito ese componente de lucha política soterrada. O por esa predilección que solían tener los equipos vascos de incorporar solo jugadores de su tierra, un medio eficaz de afirmar su identidad frente al resto. Parafraseando a Clausewitz, Orwell decía que "el deporte es la guerra sin los disparos"; o sea, hacer política por otros medios, pacíficos en este caso. (Por cierto, el autor inglés hablaba de deporte, pero lo refirió en un texto donde solo hablaba de fútbol).

A nadie se le escapa ese aspecto político de este deporte, pues incorpora dos de sus

principales componentes: la cohesión tribal, la afirmación de un "nosotros"; y el elemento conflictual, la competencia frente a un "otro", cuyo antagonismo conduce necesariamente a que uno gane y otro pierda. El hecho de que se trate de un juego de equipo, territorial y sujeto a una estrategia contribuye a subrayar estos rasgos bélico-políticos. No hay que olvidar que "estrategia" procede del término griego *strategía*, que significa "conducción de ejércitos", aunque lo más probable es que, quizá con la excepción de Mourinho, ningún entrenador haya reparado en ese dato.

Pero vayamos a donde en realidad quiero llegar, a nuestra selección como representación simbólica de rasgos políticos bien distintos a los que apreciamos en la política cotidiana de nuestro país. Para empezar,

porque este equipo ha conseguido que nos sintamos reconocidos en él; sentimos que "sí nos representa". Incluso si ya nos hubieran eliminado, tanto el liderazgo silencioso del seleccionador como la unidad y el espíritu de equipo que transmiten los jugadores, funcionan como un magnífico contraste en positivo con nuestras habituales e hiperbólicas confrontaciones políticas. La polarización, los muros y la retórica incendiaria ceden aquí el paso a la sorprendente cohesión interna perceptible incluso cuando el equipo es objeto de crítica. Ayuda, desde luego, que nos enfrentemos a otros, a "extranjeros", pero lo más interesante es que nuestro combinado lo integra también gente con orígenes foráneos. Aquí no hay "prioridad nacional" que valga, si entendemos por tal el no ser español de pata negra.

El extraordinario seguimiento del Mundial nos confirma una vez más que vivimos en una sociedad global, pero también que esta solo cobra pleno sentido a partir de lo local, afirmando sus singularidades. Cada nación proyecta su marca en un mercado que nos engloba a todos. No es menos cier-

to, sin embargo, que esta sociedad de todas las tribus es en realidad transtribal. Salvo casos puntuales, la mayoría de las selecciones están integradas por jugadores de orígenes diversos cuyo único vínculo de unión es la nacionalidad, no la etnia. La globalización ha penetrado ya en el interior de sus partes. Y esa paradoja, el vender una marca con retales de otras, crea una peculiar dialéctica entre universalismo y particularismos, que será la que acabe marcando el futuro de todos.

Este Mundial está siendo ejemplar en dos sentidos: primero, por subrayar la importancia de las fuerzas cohesionadoras frente a las disgregadoras; y, luego, porque relativiza la importancia de los orígenes, que contrasta con los nuevos discursos supremacistas. Hay competencia, lucha y pasión, ilusiones y decepciones. Pero es también un escaparate para quienes por su esfuerzo deportivo aspiran a un merecido reconocimiento global. Y este se lo otorgamos sean o no de nuestra tribu; es una cura frente al fanatismo, una manifestación de nacionalismo integrador.